

MARTÍN CAPARRÓS

El Hambre



LOS PRINCIPIOS

1.

Eran tres mujeres: una abuela, una madre, una tía. Yo llevaba tiempo mirándolas moverse alrededor de ese catre de hospital mientras juntaban, lentas, sus dos platos de plástico, sus tres cucharas, su ollita tiznada, su balde verde, y se los daban a la abuela. Y las seguí mirando cuando la madre y la tía recogieron su manta, sus dos o tres camisetitas, sus trapos en un petate que ataron para que la tía se lo pusiera en la cabeza. Pero me quebré cuando vi que la tía se inclinaba sobre el catre, levantaba al chiquito, lo sostenía en el aire, lo miraba con una cara rara, como extrañada, como incrédula, lo apoyaba en la espalda de su madre como se apoyan los chiquitos en África en las espaldas de sus madres —con las piernas y los brazos abiertos, el pecho del chico contra la espalda de la madre, la cara hacia uno de los lados— y su madre lo ató con una tela, como se atan los chiquitos en África al cuerpo de sus madres. El chiquito quedó en su lugar, listo para irse a casa, igual que siempre, muerto.

No hacía más calor que de costumbre.

Creo que este libro empezó acá, en un pueblo muy cerca de acá, fondo de Níger, hace unos años, sentado con Aisha sobre un tapiz de mimbre frente a la puerta de su choza, sudor del mediodía, tierra seca, sombra de un árbol ralo, los gritos de los chicos desbandados, cuando ella me contaba sobre la bola de harina de mijo que comía todos los días de su vida y yo le pregunté si realmente comía esa bola de mijo todos los días de su vida y tuvimos un choque cultural:

—Bueno, todos los días que puedo.

Me dijo y bajó los ojos con vergüenza y yo me sentí como un fel-pudo, y seguimos hablando de sus alimentos y la falta de ellos y yo,

tilingo de mí, me enfrentaba por primera vez a la forma más extrema del hambre y al cabo de un par de horas de sorpresas le pregunté —por primera vez, esa pregunta que después haría tanto— que si pudiera pedir lo que quisiera, cualquier cosa, a un mago capaz de dársela, qué le pediría. Aisha tardó un rato, como quien se enfrenta a algo impensado. Aisha tenía 30 o 35 años, la nariz de rapaz, los ojos de tristeza, su tela lila cubriendo todo el resto.

—Quiero una vaca que me dé mucha leche, entonces si vendo un poco de leche puedo comprar las cosas para hacer buñuelos para venderlos en el mercado y con eso más o menos me las arreglaría.

—Pero lo que te digo es que el mago te puede dar cualquier cosa, lo que le pidas.

—¿De verdad cualquier cosa?

—Sí, lo que le pidas.

—¿Dos vacas?

Me dijo en un susurro, y me explicó:

—Con dos sí que nunca más voy a tener hambre.

Era tan poco, pensé primero.

Y era tanto.

2.

Conocemos el hambre, estamos acostumbrados al hambre: sentimos hambre dos, tres veces al día. No hay nada más frecuente, más constante, más presente en nuestras vidas que el hambre —y, al mismo tiempo, para la mayoría de nosotros, nada más lejos que el hambre verdadero.

Conocemos el hambre, estamos acostumbrados al hambre: sentimos hambre dos, tres veces al día. Pero entre ese hambre repetido, cotidiano, repetida y cotidianamente saciado que vivimos, y el hambre desesperante de quienes no pueden con él, hay un mundo. El hambre ha sido, desde siempre, la razón de cambios sociales, progresos técnicos, revoluciones, contrarrevoluciones. Nada ha influido más en la historia de la humanidad. Ninguna enfermedad, ninguna guerra ha matado más gente. Todavía, ninguna plaga es tan letal y, al mismo tiempo, tan evitable como el hambre.

Yo no sabía.

El hambre es, en mis imágenes más viejas, un chico con la panza hinchada y las piernas flaquitas en un lugar desconocido que entonces se llamaba Biafra; entonces, a fines de los sesentas, escuché por primera vez la versión más brutal de la palabra hambre: hambruna. Biafra fue un país efímero: declaró su independencia de Nigeria el día que yo cumplí diez años; antes de mis trece ya había desaparecido. En esa guerra un millón de personas se murieron de hambre. El hambre, en las pantallas de aquellos televisores blanco y negro, eran chicos, moscas zumbando alrededor, su rictus de agonía.

En las décadas siguientes la imagen se me haría más o menos habitual: repetida, insistente. Por eso siempre imaginé que empezaría este libro con el relato crudo, descarnado, tremendo de una hambruna. Llevaría acompañando a un equipo de emergencia a un paraje siniestro, probablemente africano, donde miles de personas estarían muriéndose de hambre. Lo contaría con detalles brutales y entonces, después de poner en escena el peor de los horrores, diría que no hay que engañarse —o dejarse engañar—: que las situaciones como ésta son solo la punta de la punta del iceberg y que la realidad real es muy distinta.

Lo tenía perfectamente pensado, diseñado, pero en los años que pasé trabajando en este libro no hubo hambrunas descontroladas —solo las habituales: la escasez terminal en el Sahel, los refugiados somalíes o sudaneses, las inundaciones en Bengala. Lo cual, por un lado, es una gran noticia. Pero, por otro, tanto menos importante, es un problema: esas hecatombes eran las únicas oportunidades que tenía el hambre de presentarse —imágenes en la pantalla del hogar— a los que no lo sufren. El hambre como catástrofe puntual y despiadada solo aparece cuando una guerra o un desastre natural. Lo que queda, en cambio, es aquello tanto más difícil de mostrar: los millones y millones de personas que no comen lo que deberían —y penan por eso, y se mueren de a poco por eso. El iceberg, lo que este libro trata de contar y de pensar.

Aunque no diga nada que no sepamos ya. Todos sabemos que hay hambre en el mundo. Todos sabemos que hay ochocientos, novecientos millones de personas —los cálculos vacilan— que pasan hambre cada día. Todos hemos leído o escuchado esas estimaciones —y no sabemos o no queremos hacer nada con ellas. Si en algún momento sirvió, se diría que ahora el testimonio —el relato más crudo— ya no sirve.

¿Qué queda entonces, el silencio?

Aisha, que me decía que con dos vacas su vida sería tan diferente. Si tengo que explicarlo —no sé si tengo que explicarlo—: nada me impresionó más que entender que la pobreza más cruel, la más extrema, es la que te roba también la posibilidad de pensarte distinto. La

que te deja sin horizontes, sin siquiera deseos: condenado a lo mismo inevitable.

Digo, quiero decir, pero no sé cómo decirlo: usted, lector amable, tan bienintencionado, un poco olvidadizo, ¿se imagina lo que es no saber si va a poder comer mañana? Y, más: ¿se imagina cómo es una vida hecha de días y más días sin saber si va a poder comer mañana? ¿Una vida que consiste sobre todo en esa incertidumbre, en la zozobra de esa incertidumbre y el esfuerzo de imaginar cómo paliarla, en no poder pensar en casi nada más porque todo pensamiento se tiñe de esa falta? ¿Una vida tan restringida, tan cortita, tan dolorosa a veces, tan peleada?

Tantas maneras del silencio.

Este libro tiene muchos problemas. ¿Cómo contar lo otro, lo más lejano? Es muy probable que usted, lector, lectora, conozca a alguien que se murió de un cáncer, que sufrió un ataque violento, que perdió un amor un trabajo el orgullo; es muy improbable que conozca a alguien que viva con hambre, que viva la amenaza de morir de hambre. Tantos millones de personas que son lo más lejano: lo que no sabemos —ni queremos— imaginar.

¿Cómo contar tanta miseria sin caer en el miserabilismo, en el uso lagrimita del dolor ajeno? Y, quizás antes: ¿por qué contar tanta miseria? Muy a menudo contar la miseria es un modo de usarla. La desgracia ajena interesa a muchos desgraciados que quieren convencerse de que no están tan mal o quieren, simplemente, sentir esa cosquilla en los pulgares. La desgracia ajena —la miseria— sirve para vender, para esconder, para mezclar los tantos: para suponer por ejemplo que el destino individual es un problema individual.

Y, sobre todo: ¿cómo pelear contra la degradación de las palabras? Las palabras «millones-de-personas-pasan-hambre» deberían significar algo, causar algo, producir ciertas reacciones. Pero, en general, las palabras ya no hacen esas cosas. Algo pasaría, quizá, si pudiéramos devolverles sentido a las palabras.

Este libro es un fracaso. Para empezar, porque todo libro lo es. Pero sobre todo porque una exploración del mayor fracaso del género humano no podía sino fracasar. A lo cual, está claro, contribuyeron mis imposibilidades, mis dudas, mi incapacidad. Y, aún así, es un fracaso que no me avergüenza: tendría que haber conocido más historias, pensado más cuestiones, entendido algunas cosas más. Pero a veces fracasar vale la pena.

Y fracasar de nuevo, y fracasar mejor.

«La destrucción, cada año, de decenas de millones de hombres, de mujeres y de chicos por el hambre constituye el escándalo de nuestro siglo. Cada cinco segundos un chico de menos de diez años se muere de hambre, en un planeta que, sin embargo, rebosa de riquezas. En su estado actual, en efecto, la agricultura mundial podría alimentar sin problemas a 12.000 millones de seres humanos, casi dos veces la población actual. Así que no es una fatalidad. Un chico que se muere de hambre es un chico asesinado», escribió, en su *Destrucción masiva*, el ex relator especial de Naciones Unidas para el Derecho a la Alimentación Jean Ziegler.

Miles y miles de fracasos. Cada día se mueren, en el mundo —en este mundo— 25.000 personas por causas relacionadas con el hambre. Si usted, lector, lectora, se toma el trabajo de leer este libro, si usted se entusiasma y lo lee en —digamos— ocho horas, en ese lapso se habrán muerto de hambre unas 8.000 personas: son muchas 8.000 personas. Si usted no se toma ese trabajo esas personas se habrán muerto igual, pero usted tendrá la suerte de no haberse enterado. O sea que, probablemente, usted prefiera no leer este libro. Quizá yo haría lo mismo. Es mejor, en general, no saber quiénes son, ni cómo ni por qué.

(Pero usted sí leyó este breve párrafo en medio minuto; sepa que en ese tiempo solo se murieron de hambre entre ocho y diez personas en el mundo —y respire aliviado.)

Y si acaso, entonces, si decide no leerlo, quizá le siga revoloteando la pregunta. Entre tantas preguntas que me hago, que este libro se hace, hay una que sobresale, que repica, que sin cesar me apremia:

¿Cómo carajo conseguimos vivir sabiendo que pasan estas cosas?

NÍGER

ESTRUCTURAS DEL HAMBRE

1.

Había hablado con ella un rato antes: cinco, seis horas antes, cuando su bebé estaba vivo, dormido, tan flaquito, lloroso aunque dormido:

—Un doctor me dijo que tengo que tener paciencia, que puede ser que se me cure.

Me dijo, y dudé antes de hacerle la pregunta evidente. En general, no hay por qué hacer esas preguntas.

—¿Y puede ser que no?

—No sé, no sé qué puede ser.

Kadi tiene unos veinte años —«no sé, unos veinte», dijo— y Seydou era su único hijo. Kadi, me dijo, se había casado tarde, como a los 16.

—¿Por qué tarde?

—Bueno, tarde. Las demás chicas del pueblo se casan a los 12, a los 10, a los 13.

Me dijo Kadi, y que la casaron con un vecino que no tenía casi nada, porque parece que nadie más se quería casar con ella.

—No sé por qué. Como soy flaquita, quizá pensaban que no era buena para tener hijos.

Y que Yussuf, su marido, es un buen muchacho pero les cuesta mucho conseguir comida porque no tienen tierra entonces él tiene que trabajar en lo que puede y que también les costó que ella se quedara embarazada pero por fin se quedó y no sabe la alegría que nos dio, me dijo, y el miedo porque cómo iban a hacer para criarlo pero si todos crían ellos también podrían y la alegría también de que fuera un varón y le pusieron Seydou y creció bien, me dijo Kadi: que cuando era chiquitito les creció muy bien, estaban tan contentos.

—Pero después hace unos días le dio esta diarrea, no sabe qué tremenda la diarrea, no paraba, no podía parar. Entonces lo llevé a que lo viera el marabú.

Níger —como todo país— es el resultado de una suma de azares. Los azares africanos son más recientes, más visibles: el error de un cartógrafo, el encuentro de un canciller francés con uno inglés en, digamos, Versailles 1887 para repartirse tal región, la ambición o apatía de un explorador con problemas de próstata. Pero también fue un azar que el tonto de Napoleón III quisiera sacarle plata a Baviera y la obligara a unirse a Prusia y formar Alemania o que los gobernantes de Buenos Aires ya fueran tan ineptos que no pudieran mantener a la Banda Oriental dentro de su territorio —y así de seguido. Gobernar es aprovechar la ignorancia común para explotar al máximo la propia.

En cualquier caso: un azar sin suerte. Por ese azar, ahora Níger está hecho de tres cuartos de tierra estéril y subsuelo casi. Unos cuantos kilómetros al sur el petróleo rebosa, pero eso ya es Nigeria —así que los habitantes de este lado no tienen ningún derecho a aprovecharlo y pasan hambre. Suele haber algo cruel en estos azares que llamamos países y que —nos dicen— son lo más nuestro, lo que deberíamos amar con nuestras almas, cuidar con nuestras vidas.

Níger es, quizá, el país más representativo del Sahel, y el Sahel es una franja de más de cinco mil kilómetros de largo —y unos mil de ancho— que atraviesa el África desde el Atlántico hasta el mar Rojo, justo debajo del Sahara. De hecho, Sahel significa orilla —del Sahara. Es una zona árida, medio desierta, chata donde prosperaron algunos de los reinos más poderosos de África: el Imperio Mandingo —o Imperio de Mali—, por ejemplo, en el siglo XIV, cuando los señores de Tombuctú construyeron una de las mayores ciudades de su tiempo cambiando sal que llegaba del desierto del norte por esclavos que llegaban de las selvas del sur. Ahora también cubre parte de Senegal, Mauritania, Argelia, Burkina Faso, Mali, Chad, Sudán, Etiopía, Somalia y Eritrea. Son más de cinco millones de kilómetros cuadrados, cincuenta millones de personas, ganado flaco, cultivos sufridos, poca industria, poca infraestructura; cada vez más minerales explotables.

El Sahel es, también, la región que le dio otro sentido a la palabra emergencia —que solía usarse para los eventos extraordinarios, inesperados. En el Sahel, cada mes de junio, millones de personas entran en emergencia: se quedan sin comida, amenazan hambruna.

Y al año vuelve a pasar lo mismo.

Y al año, y otra vez al año —pero cada vez es diferente.

El Sahel es, entre otras cosas, la víctima de un lugar común: el que pretende que sus habitantes no comen porque no hay modo de que co-

man, el que supone que allí el hambre es un problema estructural, irreversible, casi ontológico. Que pasan hambre porque no hay forma de que no, pobres almas de dios.

En el Sahel el hambre está siempre presente, pero se hace brutal cuando empieza el período que los francos llaman *soudure*, los anglos *hunger gap* y nosotros los hispanos nada, porque igual para qué. Son esos meses en que el grano de la cosecha anterior ya se acabó y el de la próxima pugna por asomar del suelo. Entonces el gobierno pide o no pide ayuda, las agencias internacionales alertan sobre el peligro y movilizan o no movilizan sus recursos, y esos millones comen o no comen y aquí, en el hospital distrital de Madaua, a 500 kilómetros de Niamey, Médicos Sin Fronteras está montando un carpón nuevo cada dos o tres días porque llegan más y más chicos desnutridos. En su centro de tratamiento de desnutridos —Creni o Centre de réhabilitation et d'éducation nutritionnelle intensive—, previsto para internar a unos 100 chicos ya hay más de 300, y el torrente no para. Nada extraño: más o menos lo mismo que todos los años. El año pasado, sobre unos 90.000 chicos menores de cinco años que viven en el distrito de Madaua, 21.000 fueron atendidos por malnutrición en este centro y sus satélites: casi un cuarto de los chicos de la zona.

De acá, hace un rato, salió caminando Kadi, la madre con su bebé a la espalda.

Acá, la última semana, murieron 59 chicos del hambre y sus enfermedades.

Entonces, cuando se enfermó, el marabú les dio unos ungüentos para que le frotaran la espalda, me dijo Kadi, y unas hojas para que le prepararan infusiones. El marabú no solo es el sabio musulmán de cada pueblo; también es, con frecuencia, el curandero —que ahora la corrección política llama médico tradicional: un personaje decisivo. Kadi lo hizo; la diarrea no paraba. Una vecina le habló del hospital y que por qué no lo traía. Kadi vino, hace más de seis días —dijo: más de seis días— y los atendieron, a ella y su bebé, pero lo que no entiende es por qué le dijeron que él se había enfermado porque no había comido suficiente.

—Yo siempre le di comida, le di la teta, después empecé a darle su comida. Siempre le dimos su comida. A veces mi marido y yo no comíamos, comíamos muy poquito, pero a él siempre le dimos su comida: nunca se quedaba llorando, siempre tenía su comida.

Me dijo Kadi, recelosa, dolida.

—Mi hijo come. Si se enfermó será por otra cosa. Será algún mago, una bruja. Quizá sea que tragó mucho polvo el otro día cuando pasó ese

rebaño muy grande por el pueblo. O la envidia de Amina, que se le murió su hijito que había nacido al mismo tiempo. Yo no sé qué es, pero por comida no puede ser, él come.

—¿Y qué le dan de comer?

—¿Cómo que qué? La *woura*.

Dijo, tan natural: yo no le dije que la *woura*, esa especie de bola de polenta sólida de harina de mijo y agua que los campesinos de Níger comen casi todos los días de su vida, no alcanza para alimentar a un chico de año y medio, que le falta casi todo lo que el chico necesita. Kadi estaba molesta, resentida:

—Acá me dicen que está así porque yo no le di su comida. Se ve que acá no entienden. Cuando lo escucho me da miedo, me dan ganas de irme.

Me dijo Kadi. Y se fue, horas más tarde, con su bebé muerto a la espalda.

Para decirlo más o menos claro: comer la bola de mijo todos los días es vivir a pan y agua.

Pasar hambre.

Hambre es una palabra rara. Ha sido dicha tantas veces, de tantos modos diferentes; significa tantas cosas distintas. Conocemos el hambre y no tenemos ni idea de lo que es el hambre. Decimos hambre y hemos oído decir hambre tanto que se gastó, que se volvió cliché.

Hambre es una palabra rara. Del *famen* latino los italianos hicieron *fame*, los portugueses *fome*, los franceses *faim*; los castellanos *hambre*, con esa *br* que también se mezcló en *hombre*, en *hembra*, en *nombre*: palabras muy pesadas. No hay palabra, quizá, más cargada que hambre —y, sin embargo, es fácil deshacerse de su carga.

Hambre es una palabra deplorable. Poetas de cuarta, políticos de octava y todo tipo de plumíferos fáciles la han usado tanto y tan barato que debería estar prohibida. En lugar de prohibida está neutralizada. «El hambre en el mundo» —como en «¿y qué quieren, terminar con el hambre en el mundo?»— es una frase hecha, un lugar común, una expresión casi sarcástica usada para sintetizar lo risible de ciertas intenciones. El problema con esos conceptos viejos y gastados, limados por el uso fácil, es que de pronto un día algo te hace volver a verlos como si fueran nuevos, y ahí explotan.

Hambre, en castellano, es un sustativo femenino que significa —según esos que dicen qué significan las palabras— tres cosas: «Gana y necesidad de comer; Escasez de alimentos básicos, que causa carestía y miseria generalizada; Apetito o deseo ardiente de algo». Un estado físico

individual, una realidad compartida por muchos, una sensación íntima: es difícil pensar en tres sentidos más distintos.

Y hambre, por supuesto, significa mucho más que eso. Pero la palabra hambre es una que los técnicos y burócratas pertinentes suelen evitar. Es probable que les parezca demasiado brutal, demasiado rústica, demasiado gráfica. O —supongamos, amables— que no les parezca suficientemente precisa. Los términos técnicos suelen tener una ventaja: no producen efectos emotivos. Hay palabras que sí; hay muchas que no. Ellos —y los organismos para los que trabajan— suelen preferir las que no. Entonces hablan de subalimentación, de desnutrición, de malnutrición, de inseguridad alimentaria —y los términos terminan por confundirse y confundir a quien los lee.

Yo quiero definir, antes que nada, qué digo cuando digo hambre. O, por lo menos, qué trato de decir.

Comemos sol.
Sol, algunos
tanto más que otros.

Comer es ensolarse. Comer —ingerir alimentos— es hacerse de energía solar. Fotones diversamente cargados caen incesantes sobre la superficie del planeta: por ese proceso sorprendente que llamamos fotosíntesis, las plantas los atrapan y los transforman en materia digerible. El diez por ciento de la superficie terrestre del mundo, unos 15 millones de kilómetros cuadrados, un cuarto de hectárea por cada ser humano, se dedica a eso: a criar plantas que hacen la clorofila que sabe transformar la energía electromagnética del sol en energía química que produce las reacciones que transforman el dióxido de carbono de la atmósfera y el agua de las plantas en oxígeno que respiramos e hidratos de carbono que comemos. Todo lo que comemos, en última instancia, directa o indirectamente —a través de la carne de los animales que las comen—, son esas fibras vegetales cargadas por el sol.

Esa energía es lo que necesitamos para recuperar y reconstituir nuestras propias fuerzas. Esa energía entra al cuerpo bajo diversas formas: grasas, proteínas, carbohidratos —líquidos y sólidos. Para saber cuánta energía consigue cada cuerpo hay una medida: la caloría.

La física define a una caloría como la cantidad de energía necesaria para aumentar un grado centígrado la temperatura de un gramo de agua. Para funcionar, un cuerpo necesita grandes cantidades de energía: por eso se usan, para medir su consumo, unidades de mil calorías —las kilocalorías. Las necesidades calóricas de cada persona varían según su edad y situación. Pero, grosso modo, se calcula que un bebé de menos de un año

necesita comerse unas 700 kilocalorías por día, 1.000 hasta los dos años, 1.600 hacia los cinco. Y un adulto necesita entre 2.000 y 2.700 según su físico, el clima donde vive, el trabajo que hace. La Organización Mundial de la Salud considera que un adulto que no come un mínimo de 2.200 kilocalorías diarias no consigue recuperar su gasto de energía: alimentarse. Es un promedio —una convención— pero sirve para entender el cuadro general.

Un adulto que no consigue ingerir 2.200 calorías de comida por día pasa hambre. Un chico que no consigue sus 700 o sus 1.000, según su edad, pasa hambre.

El hambre es un proceso, una lucha del cuerpo
contra el cuerpo.

Cuando una persona no consigue comer sus 2.200 calorías por día, pasa hambre: se come. Un cuerpo hambriento es un cuerpo que se está comiendo a sí mismo —y ya no encuentra mucho más.

Cuando un cuerpo come menos que lo que necesita empieza por comerse sus reservas de azúcar; después las de grasa. Cada vez se mueve menos: se pone letárgico. Pierde peso y pierde defensas: su sistema inmunitario se debilita por momentos. Lo atacan virus que le causan diarreas que lo van vaciando. Parásitos que el cuerpo ya no sabe rechazar se le instalan en la boca, duelen mucho; infecciones bronquiales le complican la respiración y duelen mucho. Al fin empieza a perder su escasa masa muscular: ya no puede pararse, y pronto no podrá moverse; duele. Se acurruca, se arruga: la piel se le pliega y se le quiebra; duele. Lloro despacio; quieto, espera que se acabe.

Poca gente —demasiada gente— se muere directamente de hambre; muchísima se muere de enfermedades o infecciones que son mortales porque sus cuerpos debilitados por la poca comida no pueden combatir; enfermedades o infecciones que una persona normalmente alimentada ni siquiera notaría.

Poca gente —demasiada gente— se muere directamente de hambre. La mitad de los chicos que se mueren antes de los cinco años en un país como Níger se mueren por causas relacionadas con el hambre.

La palabra que nadie quiere usar.
O, si acaso, usarla como quien dice cantilena, verduoso, maragato.

Ayer, esta mañana, el hijito de Kadi.